

hace nacer; los ricos aparentaban la indigencia para evitar la expoliación; los nobles y los clérigos habían llevado al huir, ó enterrado en las bodegas y paredes de sus casas, una parte considerable del oro y de la plata acuñados, signos del valor, medios de cambio, móviles de circulación, y fuentes del trabajo y del salario. Las confiscaciones y los secuestros paralizaban entre las manos de la república una masa inmensa de tierras incultas y de casas inhabitadas.

Para suplir al oro y la plata, que parecían haberse agotado de repente, la Asamblea constituyente creó una moneda de papel con el nombre de *asignados*. Esta moneda de confianza, si el pueblo hubiese querido comprenderla y adoptarla, hubiera producido los mismos efectos que la moneda metálica, multiplicando las transacciones entre los particulares, alimentando el trabajo, pagando los impuestos y representando el precio de las tierras. Una moneda, digan lo que quieran los economistas, nunca tiene más valor que el de la convención que la ha creado y el del crédito que lleva consigo. Basta que la proporción entre las cosas compradas y el signo que las compra no pueda ser repentina y arbitrariamente cambiada por una multiplicación desordenada de este signo monetario; el precio real y verdadero de todas las cosas se establece según esta proporción. Sólo la ley, y una ley pródiga y prudente, puede hacer la moneda; que haga moneda de oro, plata, cobre ó papel, poco importa, con tal que esta proporción sea religiosamente guardada, y el pueblo conserve confianza en la sinceridad y el crédito de este signo. La letra de cambio, moneda individual, que no tiene más valor que la firma del que la crea, suple entre los particulares á un numerario incalculable; tiene todos los efectos del oro y de la plata; no es más que una moneda que puede hacer cualquiera, y que representa la confianza que se tiene en un individuo. ¿Cómo, pues, el Estado, que representa la fortuna y el crédito de todos, no podría hacer una moneda de papel, tan inviolable y acreditada como la de los simples ciudadanos?

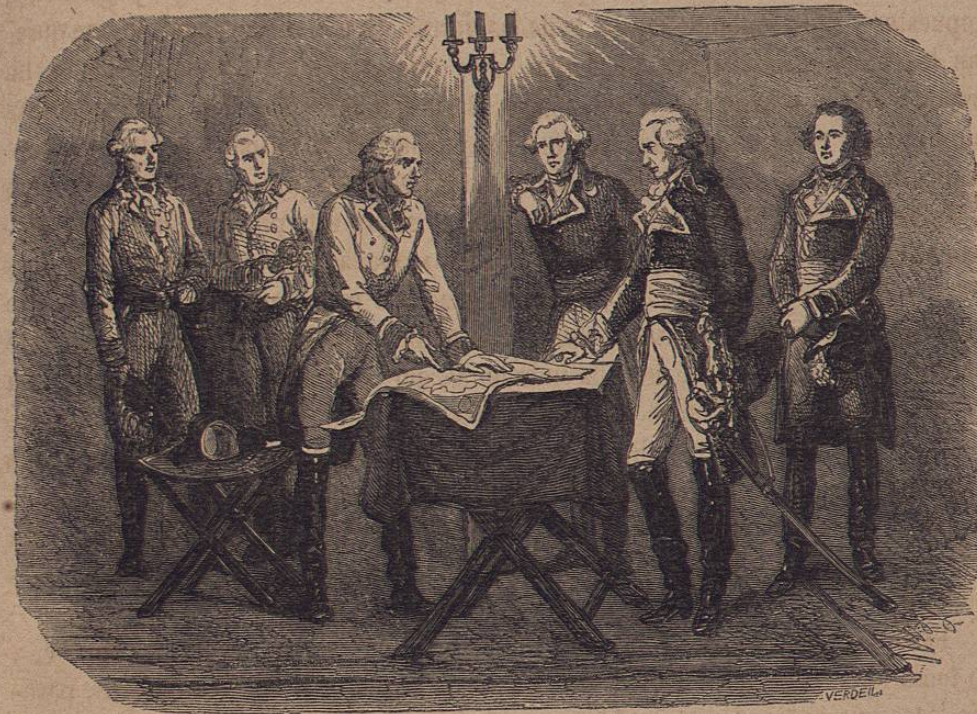
Pero el pueblo estaba acostumbrado al oro, quería pesar y tocar su valor, y no tenía fe en el papel. Mientras que las verdades no se hacen costumbres, parecen lazos que se tienden al pueblo.

Además, el gobierno, apremiado por necesidades que aumentaban sin cesar, había multiplicado de repente el nuevo signo monetario de papel. De esto dimanó el desprecio del signo y la ocultación de la riqueza monetaria por aquel que la poseía ó la aceptaba; de esto procedieron también leyes implacables contra aquellos que rehusaban recibirla; por esta causa, en fin, se paralizó la circulación, desmayó el comercio, ocasionando el peligro de los negocios, la suspensión de los cambios, la cesación del trabajo libre, la desaparición del salario, y la extenuación del jornalero. Los propietarios y los ricos vivían de los productos directos de sus tierras, ó de sumas reservadas en oro ó en plata, de las que no dejaban salir de una mano avara más que la cantidad necesaria para satisfacer sus más urgentes necesidades. Se cultivaba mal, se consumía poco, y no se construía nada. Los coches y los caballos habían desaparecido; los muebles no se renovaban; los vestidos manifestaban el temor, la avaricia ó la miseria; la vida, reducida á lo estrictamente necesario, escatimaba todo empleo y todo salario á esos innumerables artesanos que alimentan las necesidades facticias de cualquier sociedad tranquila.

III

Los comerciantes de las grandes ciudades, esos intermediarios entre el consumidor que desea comprar barato, y el productor que quiere vender caro, añadan aún la usura de sus especulaciones y de su monopolio al precio de los géneros. El comercio se aprovecha de todo para enriquecerse, sin exceptuar el hambre; éste no es solamente su vicio, sino su naturaleza; la sed de oro endurece como la de sangre.

Crecía diariamente una lucha violenta entre el pueblo bajo de París y el comer-



Conferencia de Ath.—Pág. 388.

cio al menudeo. El odio contra los especieros, expendedores de los consumos diarios de las masas, había llegado á ser tan ardiente y sanguinario como el que se profesaba á los aristócratas. Las tiendas estaban sitiadas por tantas imprecaciones como los palacios; los continuos motines á las puertas de los panaderos, de las tabernas y de los especieros, impedían el paso de las calles. Las turbas hambrientas, á cuya cabeza iban mujeres y niños, muestras de la miseria, salían todas las mañanas de los barrios populosos y de los arrabales para diseminarse por los barrios ricos, y situarse delante de las casas donde había sospecha de que se guardaba el grano. Estas bandas rodeaban la Convención, y hasta forzaban algunas veces las puertas para pedir á grandes gritos pan, ó la rebaja violenta del precio de los géneros. Las legiones de mujeres que habitan las orillas y los barcos del río, y ganan su vida y la de sus hijos en lavar la ropa de una gran ciudad, venían á intimar á la Convención que bajase el precio del jabón, elemento indispensable de su profesión, el del aceite, de las velas y de la leña necesaria para su uso.

Pedian el *máximum*, es decir, la tasa de las mercancías, el arbitraje del gobierno, colocado entre el comerciante y el consumidor para moderar las ganancias de uno y favorecer las necesidades del otro. Si el pensamiento del *máximum* era legítimo, su ejecución era imposible. La justicia que de este modo se creía dispensar al consumidor necesitado, podía á cada momento llegar á ser una injusticia ó una opresión respecto del comerciante; la ley iba á obrar á tontas y sustituir la arbitrariedad á la libertad de comercio. El *máximum*, para ser justo, hubiera también debido cambiar con tanta frecuencia su cuota cuantas fuesen las variaciones en los precios de adquisición de las mercancías; por consiguiente, nadie podía llegar á esta apreciación, y era claro que quedaba destruida toda especulación. Tal es el alma del comercio, que sujeto á estas intervenciones inquisitoriales debía cesar de abastecer á Francia. El pueblo pedía, pues, la muerte de las transacciones. Estas disposiciones, vivamente combatidas por la clara razón de los girondinos, por Robespierre, por Hebert y hasta por Chaumette, iban á causar en los abastecimientos de París y en las relaciones del pueblo y del mercader el trastorno y la escasez que tenían por objeto precaver. Pero si el pueblo entiende pronto las cuestiones puramente políticas y las verdades nacionales, porque las comprende por el corazón y las resuelve por la pasión, es tardo para penetrar las cuestiones económicas, porque exigen la aplicación de una inteligencia ejercitada y las luces de la experiencia. La economía política es una ciencia, y la política no es más que un sentimiento; por lo cual es más fácil extraviar por este lado las masas, sobre todo cuando la miseria y el hambre contribuyen á apasionar los sofismas.

Habían adoptado fanáticamente esta causa del *máximum* Marat y los suyos, é impulsaban al pueblo por medio del hambre al repartimiento y al pillaje de los ricos. Los periódicos de Marat tocaban todos los días á rebato por el hambre.

«Es incontestable—decía en *El amigo del Pueblo* de 23 de Febrero—que los capitalistas, los agiotistas, los monopolizadores, los comerciantes del lujo, los empleados de los embrollos, los ex-golillas, los ex-nobles, con muy pocas excepciones, y los dependientes del antiguo régimen, son los que echan de ménos los abusos de que se aprovechaban para enriquecerse con los despojos públicos. Siendo imposible cambiar su corazón, vista la inutilidad de los medios puestos en acción hasta el día para atraerlos á su deber, y perdiendo la esperanza de ver á nuestros legisladores tomar las medidas oportunas para obligarles á ello, veo que sólo la destrucción total de esta raza maldita es lo único que puede devolver al Estado su tranquilidad. Ahí los teneis redoblando su maldad para acarrear el hambre al pueblo por la elevación extraordinaria del precio de los géneros de primera necesidad y por la perspectiva de la miseria. El saqueo de los almacenes, á cuyas puertas se colgarian algunos agiotistas, pondría bien pronto fin á estas malversaciones, que reducen á cinco millones de hombres á la desesperación, haciendo morir muchos miles de miseria. ¿No sabrán nunca los diputados del pueblo más que perorar sobre sus males, sin presentarle nunca el remedio? Dejémoslos de leyes, porque es evidente que nunca han tenido efecto. Además, este estado de cosas no puede durar mucho tiempo; un poco de paciencia, y al cabo el pueblo conocerá esta gran verdad: que debe salvarse á sí mismo. ¡Los malvados que tratan de encadenarle y castigarle porque se ha deshecho de un puñado de traidores en los días 2, 3 y 4 de Setiembre, tiemblen ser colocados en el número



LAREVEILLERE-LEPAUX.

de los miembros podridos que conviene separar del cuerpo político! ¡Infames hipócritas, que os esforzais en perder la patria con pretexto de crear el reinado de la ley, subid á la tribuna! ¡Atrevedos á denunciarme! ¡Con este papel en la mano estoy pronto á confundiros!»

No era posible predicar en términos más formales el pillaje y el asesinato. Al día siguiente el pueblo, cuya tribuna de cuarenta mil voces era el periódico de Marat, obedeció á la señal de su apóstol. Las bandas hambrientas salieron de los arrabales, de los talleres, de los lugares sospechosos, y se esparcieron como una invasión por las calles ricas de París, forzaron las puertas de las panaderías, allanaron los almacenes de los especieros, se distribuyeron, tasándolos, los géneros de primera necesidad, el pan, el jabon, el aceite, las velas, el café, el azúcar, el queso, y saquearon despues algunas tiendas de comestibles.

Al otro día Barere, como órgano de los centros, pidió que se vindicase la ley. «En tanto que yo sea representante del pueblo,—dijo,—haré imperturbablemente la guerra á los que violen las propiedades y coloquen el saqueo y el robo en el lugar de la moral pública, cubriendo estos crímenes con la máscara del patriotismo.»

El girondino Salles leyó en la tribuna la sanguinaria provocacion de Marat. «¡El decreto de acusacion contra ese monstruo!»—gritan muchos diputados. Marat se lanza á la tribuna en medio de los aplausos de sus amigos, apostados por él desde por la mañana entre los espectadores. «Los movimientos populares que han tenido lugar ayer—dice mirando á Salles y á Brissot—son la obra de aquella faccion criminal y de sus agentes; ellos son quienes envian á las secciones emisarios para fomentar los tumultos. En la indignacion de mi alma, he dicho que era necesario saquear los almacenes de los agiotistas y ahorcar á éstos á la puerta de sus casas, único medio eficaz para salvar al pueblo. ¡Y se atreven á pedir contra mí el decreto de acusacion!» Al oír esto, casi todos los que estaban en el salon se levantan indignados; las imprecaciones ahogan la voz del orador, pero Marat se sonríe despreciando aquellas almas débiles. «¡Imbéciles!»—dijo al bajar de la tribuna.

Lareveillere-Lepaux, hombre íntegro y neutral entre los partidos, atestigua la probidad de Roland y le justifica de las calumnias de Marat. «Es tiempo de saber—dice—si la Convencion sabrá decidirse entre el crimen y la virtud.» «¿Quién se atreveria á defender á Marat?»—murmuran en todas partes. «Yo»,—respondió Thirion. «No quiero defensores,—dice *el amigo del pueblo*;—ésta es una manobra de la intriga que persigue en mí á la diputacion de París. Quieren alejarme de la Asamblea, porque les molesto descubriendo sus manejos.» «Marat es crédulo,—dice Carra;—por sus arrebatos trata con injusticia á sus amigos y desacredita á la Montaña.» Marat interrumpe á Carra. «El pérfido comentario de Carra se dirige únicamente á conducir al cadalso á los mejores patriotas.» Buzot pide irónicamente la palabra por Marat. «Soy bastante fuerte para defenderme»,—dice con audacia el acusado. «¿Por qué—continúa Buzot—acusareis á ese hombre? Sólo escribe en su diario lo que todos los días se dice en esta tribuna; no es más que el órgano imprudente de las calumnias que sin cesar se vomitan contra nosotros y contra los mejores ciudadanos; no es más que el precursor de aquella anarquía que contiene en sus últimas plagas el trono. El decreto que diéseis con-

tra él, sólo serviría para hacer importante á un hombre que no obra por sí mismo, sino que es el instrumento de los perversos.» Los murmullos de la Montaña se dirigen á Buzot, y cambian en furor contra los girondinos la indignacion de que era objeto Marat. Salles, Valazé, Boileau y Fonfrede piden el decreto de acusacion, Bancal la expulsion, y Pereyres que se le declare demente. La Convencion, en pié, se divide en dos grupos desiguales, de donde salen exclamaciones, burlas é invectivas. «¡Votacion nominal!—grita Boileau.—Veamos al fin quiénes son los amigos de Marat y los cobardes que no quieren declararse contra él.» «¡Que hable!—dicen otros.—Se le acusa, y tiene el derecho de hablar.»

Entonces Marat, dirigiéndose á los girondinos, dice: «Aquí no hay ni justicia ni pudor». Los girondinos se levantan como si hubiesen sido un solo hombre, y parece quieren anonadar con los ademanes y la voz la insolencia del orador. «Sí, decretad mi acusacion,—continúa Marat con una sonrisa retadora;—pero al mismo tiempo decretad que están locos esos *hombres de Estado*.» Este era el título con que los demagogos de la municipalidad, y el mismo Robespierre, calificaban á los amigos de Roland. Tallien, uno de los primeros discípulos de Marat, se obstina en vano en defender á su maestro, pues las voces de los centros no permiten oír la de Tallien. La última frase que pronuncia Vergniaud hace que se envíe la acusacion á los tribunales ordinarios, y encarga el ministro de Justicia que persiga á los autores é instigadores del saqueo.

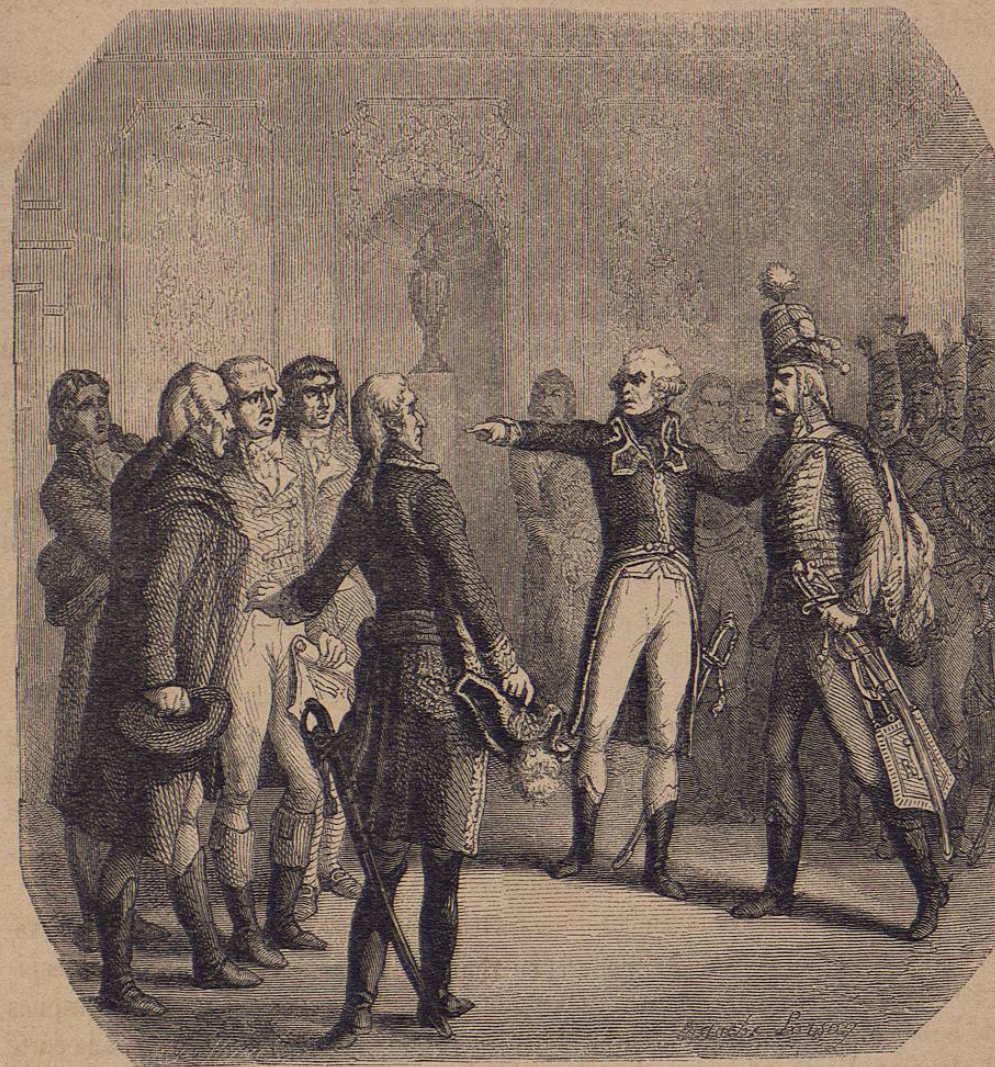
«¡Es una maldad!»—grita Marat. Y sale entre los aplausos de la Montaña, que protegía al hombre al mismo tiempo que reprobaba sus doctrinas. Lo que quería en Marat era su enemistad contra los girondinos.

IV

Pocos dias despues de estos desórdenes, llegó la noticia de los tumultos de Lyon y de la insurreccion en masa de la Vendée, primeros síntomas de la guerra civil. Estos síntomas estallaban en el momento en que Dumouriez flaqueaba y hacía traicion en las fronteras, y en que la anarquía destrozaba á Paris; pero la Convencion sólo fijaba toda su atencion en las fronteras.

Allí los desastres se sucedian unos á otros. Supiéronse sucesivamente los reveses de Custine en Alemania, la derrota del ejército del Norte, y las claras conspiraciones de Dumouriez. España rompió las hostilidades, y la Convencion, despues de haber oído á Barere, respondió sin titubear que se declarase la guerra á la corte de Madrid. La Convencion, léjos de disimular sus peligros á la nacion, buscó la salvacion en el mismo peligro, y los puso enteramente de manifiesto. Se nombraron al momento noventa y tres comisionados para llevar á las diferentes secciones de Paris la noticia de la derrota de nuestros ejércitos y de los peligros de nuestras fronteras. La municipalidad hizo enarbolar una bandera negra, señal de luto y de muerte, en lo alto de las torres de la catedral. Los teatros se cerraron, y se tocó llamada, como un grito de guerra, durante veinte horas consecutivas en todos los cuarteles. Muchos oradores ambulantes leyeron en las plazas públicas una proclama del Consejo, que tomaba su impetuosidad del himno de los marseleses: «¡A las armas, ciudadanos, á las armas! Si tardais, todo está perdido». Las secciones, de las que cada una se habia convertido en una municipalidad que obraba

y en una Convencion que deliberaba, votaron medidas que indicaban la desesperacion. Pidieron la prohibicion de la venta del numerario, la pena de muerte contra el comercio de la plata acuñada, la creacion de un impuesto sobre los ricos, la destitucion del ministro de la Guerra, la acusacion contra Dumouriez y sus cómplices, y en fin, la creacion de un tribunal revolucionario para juzgar á Brissot, Petion, Roland, Buzot, Guadet, Vergniaud y á todos los girondinos, cuya pérvida moderacion perdía la patria, con pretexto de salvar la legalidad.



Dumouriez hace arrestar á los comisarios de la república.—Pág. 394.

Danton, tan pronto en la Convencion como en los campamentos, sobreponiéndose á los dos partidos por el ímpetu de su carácter, impelió con la voz y el ademán al pueblo á las fronteras, y aparentó recomendar á la Convencion la concordia para concentrar toda la energía contra el extranjero. Robespierre, en nombre de los jacobinos, dirigió al pueblo una proclama en la que inculpaba á los girondinos por todos nuestros reveses. Les acusaba de haber sido los instigadores del saqueo, para deshonar las doctrinas populares y afiliar á los ricos, los propietarios y los comerciantes en el partido de la contrarevolucion. Pidió una muralla de cabezas entre la nacion y sus enemigos, y desde luego las de los girondinos.